NUM. 26. Precio de la suscricion.—Madrid, por numeros sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 24 DE JUNIO DE 1860. Provincias.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—Cuba, Puerto-Rico y Estranjero, un año 7 pesos.—America y Asia, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.

El público ha sido llamado á juzgar esta semana de otro manifiesto de don Juan de Borbon. Este manifiesto firmado el 16 del corriente en Lóndres y dirigido á las córtes, se titula *Protesta*. Protesta en efecto don Juan de Borbon contra la ley de 1834 que escluyó de los derechos eventuales á la corona á su padre y á su descendencia. Dice que para decretar esta esclusion deberian haberse reunido Córtes Constituyentes, únicas que tenian derecho para ella, y hace varias consideraciones sobre la ley Sálica, sobre su conveniencia y sobre lo que podria suceder en el caso de que falleciese doña Isabel II. El manifiesto ó protesta de que se trata es una mezcla de principios opuestos y de ideas inconexas y divergentes, cuyas contradicciones no sabemos como no han ocurrido á los que le hayan aconsejado. Al reconocer que unas Córtes Constituyentes podian despojar á su familia de los derechos eventuales á la corona, abandona don Juan de Borbon el principio del derecho divino, representado hasta aquí por su padre y sus hermanos, y abraza el de la soberanía nacional. ¿Y no advierte que las Córtes *Constituyentes* de 1837 confirmaron y ampliaron la ley de 1834? ¿No repara que esas mismas Córtes en su constitucion empezaron por decir: la reina legítima de las Españas es doña Isabel II? Protestar por un lado contra los resultados de la soberanía nacional y reconocerla al propio tiempo apelando á ella, es poner por fundamento de la protesta aquello mismo que la destruye.

El documento nuevo con que don Juan de Borbon ha hecho gemir las prensas litográficas de Lóndres, ha venido á Madrid acompañado de una carta de don Enrique de Lazeu, que dice ser su secretario, dirigida á varios periódicos. En ella don Enrique de Lazeu, como órgano de las intenciones de su señor, anuncia que don Juan de Borbon ha roto completamente con el resto de su familia, que profesa ideas liberales, que está al corriente de los adelantos del siglo, y que entre ellos le parece que la libertad de imprenta debe existir *sin las trabas ridículas de depósitos y fiscales*. Es una manifestacion de principios y casi un programa la tal carta, en la cual se reitera la declaracion de que don Juan no tiene punto alguno de contacto con el partido carlista.

De manera que el partido carlista no solo tendrá de hoy mas que variar de nombre, sino que si cree conveniente tener una persona que le simbolice, habrá de buscarla, pues que hoy por hoy no la tiene. Don Cárlos y don Fernando renuncian sus pretensiones; y don Juan aunque, no las renuncia, se presenta liberal, y como diria la *Esperanza*, con bigote y todo. Veremos el efecto que estos hechos que hemos narrado pura y simplemente y sobre los cuales no podemos ni debemos hacer comentarios porque lo prohibe la índole del periódico, causan en la actitud de los hasta aquí conocidos con el nombre de carlistas.

El señor don José Indalecio de Caso que ha sido hasta ahora fiscal de imprenta y ha dejado de serlo hace pocos dias, acaba de publicar un folleto con el título de *El trono y los carlistas*, ó sean, *Consideraciones sobre una cuestion de actualidad*. Este folleto ha producido algun escándalo en los piadosos oidos de la prensa que se titula religiosa y ha dado márgen á artículos poco edificantes y denuncias por parte del señor Caso, en las cuales entenderán los tribunales.

El ministro de Hacienda ha presentado ya á las córtes los presupuestos para 1861. Los gastos del Estado ascenderán en el año entrante á unos 1,900 millones y pico, y los ingresos á poco mayor cantidad. Hay un presupuesto estraordinario de 400 millones para gastos reproductivos que se cubrirá con el producto de la venta de bienes desamortizados. Tambien ha presentado el ministro de Hacienda un proyecto para la venta de los bienes eclesiásticos, que segun el convenio con Roma han de pasar á manos del gobierno. Estos bienes se venderán con arreglo á las leyes vigentes de 1.° de mayo de 1855, 11 de julio de 1856 y 11 de marzo de 1859. Ya se han aprobado por las córtes los proyectos del ferrocarril de Manzanares á Córdoba y del de la cuenca carbonífera de Espiel á las ventas de Alcolea: tambien se ha aprobado por el congreso el relativo á la ampliacion del crédito de las compañías de obras públicas, las cuales podrán emitir acciones y obligaciones por mayor cantidad que hasta el dia, siguiéndose en esto los buenos principios en materia de crédito. Las córtes suspenderán en breve sus tareas á causa del calor, pero en el intervalo de una á otra reunion quedarán las principales comisiones estudiando sus proyectos á fin de tenerlos despachados en el otoño inmediato. Para entonces se cree que el ministro de Hacienda, segun lo anunciado en el preámbulo de sus presupuestos, presentará un proyecto de reforma arancelaria.

Ya no se presentará la proposicion que dijimos iba á presentarse sobre rebaja de los derechos de importacion que paga el papel de imprimir. El señor Salaverría, ministro de Hacienda, parece que tiene preparado un decreto acordando esa misma disminucion de derechos, y dejando en 12 rs. arroba los 21 y pico que ahora paga el papel estranjero á su introduccion en España. Bueno es que se emprenda la marcha en este sentido; pero creemos la rebaja proyectada insuficiente, porque con 12 reales de derechos por arroba, que son cerca de 24 en las resmas del tamaño de la mayoria de nuestros periódicos, dudamos que sin grave perjuicio de las empresas pueda introducirse papel estranjero. Ocho reales en arroba, sería el máximum que este artículo podria soportar, y aun esto que hace algun tiempo era un precio razonable hoy seria caro, por la gran subida que ha tenido el papel en los mercados estranjeros á consecuencia de la escasez de trapo.

Continuamos respecto de Sicilia en el mismo estado que anunciamos en la revista anterior. De Génova y de Inglaterra salen continuamente refuerzos de hombres y pertrechos de guerra para Sicilia, de los cuales unos, los menos, son capturados por los cruceros napolitanos, y otros, los mas, llegan felizmente á su destino. Garibaldi está organizando en Sicilia un grande ejército que podrá constar de sesenta mil hombres, con parte de los cuales luego que tenga hechos los preparativos necesarios, se supone que piensa dirigirse al territorio napolitano, volcanizado ya por sus agentes y partidarios, para estender

en él la insurreccion. Entre tanto ha convocado el parlamento siciliano con arreglo á la ley de 1848, al cual trata de proponer el destronamiento de la dinastía de Borbon. El comendador Martino, á quien el rey de Nápoles habia enviado á Francia para pedir el auxilio de Luis Napoleon y ofrecerle que daria á sus pueblos una Constitucion casi tan liberal como la que hoy rige á los franceses, ha salido de París completamente desesperanzado del éxito de su mision, y no se ha atrevido á presentarse en Lóndres, temeroso de mayores desengaños. Mucho ha alarmado á los amigos de la dinastía napolitana que un periódico de París haya dicho que la hora de los Borbones ha sonado, tanto mas, cuanto que nada se publica en los periódicos franceses que no reciba el exequatur de la policía. El *Moniteur* que rectifica rumores de menos importancia, no ha rectificado estas palabras.

Lo que ocupa la atencion de la Francia y debe llamar la de los demás países en este momento, es la reunion celebrada en Baden por la mayor parte de los soberanos de Alemania afectos á la política y á la supremacía de Prusia, y el emperador francés. En esta reunion se cree que Napoleon ha dado las mayores seguridades á los príncipes alemanes acerca de su frontera del Rhin y sobre las intenciones pacíficas del imperio, y parece que los príncipes se han separado muy satisfechos, esperando encontrar en Luis Napoleon, no solo un amigo, sino tambien un protector de la confederacion alemana y de su unidad como ha sido protector de la unidad italiana. Seguro Napoleon por la parte de Alemania, puede atender á Italia mas desembarazadamente.

Ha llegado á Madrid el padre Angelo Secchi, procedente de Roma, sabio astrónomo que viene á observar el eclipse solar de 18 de julio, en el desierto de las Palmas, provincia de Castellon de la Plana, donde se halla el antiguo y célebre convento de carmelitas descalzos. Entre otros instrumentos que ha traido consigo, se nota un aparato fotográfico, auxiliar de hoy mas poderosísimo y casi indispensable en las observaciones de este género.

Tenemos el sentimiento de anunciar la muerte del eminente pintor don Juan Ribera, de cuyas obras y biografía tratamos en uno de los primeros números de este periódico. Su pérdida es una de las mas sensibles que podian esperimentar en los momentos actuales las artes españolas.

El miércoles fue muy aplaudido Tamberlick en la Zarzuela, donde se celebraba una funcion en su beneficio: no merecia menos la admirable manera con que cantó, especialmente el terceto de *Guillermo Tell*: la Kennet obtuvo tambien justos y merecidos y aplausos.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

PRISION DEL REY DE FRANCIA

FRANCISCO I,

POR LOS ESPAÑOLES EN LA BATALLA DE PAVIA.

I.

En la plazuela de la Villa de la imperial y coronada de Madrid, hay, frente por frente de las casas del ayuntamiento, un casaron antiguo que demuestra, por mas que esté blanqueado y desfigurado, su mucha antigüedad; y en el ángulo de esta casa que corresponde á la estrecha callejuela del Codo, una torre á la que en vano se han cercenado las almenas, puéstosele un tejado y abiértosele en los muros balcones.

Han querido que aquello parezca casa y á pesar de todo lo que para conseguirlo han hecho, aquello parece torre, y para confirmarlo mas, en el muro de esta torre que forma uno de los lados de la calle del Codo, hay una pequeña puerta tapiada, de arco de herradura, de esas que solo se ven en nuestros viejos castillos.

En efecto, aquello que han querido que sea casa fue torre, y aquella torre cuando lo era, se llamaba: *Torre de los Lujanes*.

II.

Nosotros quisiéramos que la Torre de los Lujanes, conservase sus negros muros, sus almenas aportilladas, sus saeteras, sus tragaluces, y aquella puerta que hoy está tapiada, completamente practicable, con su postigo forrado de hierro carcomido por el orin: quisiéramos que al pasar aquella puerta se encontrase una escalera estrecha, oscura y empinada, y allá en lo mas alto de ella, cerca ya de las almenas, un aposento estrecho abovedado, con una menguada ventana por donde entrase una luz triste, y en aquella especie de encierro algunos muebles ricos y entre ellos un lecho revuelto como debió dejarle quien durmiera ó velara en él.

Esto es tener, lo concedemos, propensiones muy conservadoras.

Pero para conservar la gloria de España todo nos parece poco, y en aquella torre, en aquel aposento, en el lecho que debia existir en él, allá por el mes de marzo de 1525, durmió mal, ó veló bien, preso por los españoles á nombre del emperador mas poderoso de los modernos tiempos, el rey mas caballero, mas valiente y mas simpático de Francia.

Francisco de Valois: Francisco I.

He ahí la razon por que sentimos que la torre de los Lujanes no conserve su antiguo aspecto: que no se guarde dentro de ella algo que hubiese sido tocado por el real prisionero: algo que hubiera coexistido con él, en su encierro de la Torre de los Lujanes.

III.

¡Oh! en aquellos tiempos bajo el reinado de Cárlos V nuestra hermosa patria tenia tanta gloria que sus resplandores llegaban á todas las partes del mundo.

La espada del César al caer en la balanza de Europa, la inclinaba cuanto queria.

Nuestra influencia llegaba hasta Roma.

Si el papa intentaba resistirla, el papa era preso.

La católica España, hacia inmediatamente rogativas por la libertad del papa.

Pero no le soltaba hasta que el papa se ponia en razon.

¿Y qué mucho que esto sucediera, si el papa preso por los españoles enviados á Roma *con Borbon por Cárlos V*, habia debido su triple y sagrada corona á la influencia de Cárlos V sobre el cónclave?

Un suspiro de dolor se escapa de nuestro pecho al comparar aquel lujo de grandeza, con el lujo de miseria, que vamos dejando atrás por fortuna, y no podemos pasar por la plazuela de la Villa sin detenernos un momento y saludar con respeto á la Torre de los Lujanes.

Esto es: á la jaula donde estuvo preso un rey de Francia, y un rey tal como Francisco de Valois.

IV.

No tenemos un libro en el cual nuestra historia se presente embellecida, al alcance de todo el mundo, y la novela histórica, que podia suplir la falta de una historia popular ha remontado poco el vuelo: tenemos algunas apreciables, pero circunscritas á épocas dadas, á las que mas se prestan á la imaginacion de los novelistas.

Seria de desear que un genio poderoso, tocase con su pluma encantada los empolvados volúmenes de nuestras crónicas y diesen la vida de la fantasía á generaciones muertas; escribieran envolviéndolas en una accion dramática las biografías de nuestros héroes, de nuestros reyes, de nuestros gobernantes: pintase nuestras guerras, reconstruyese nuestras ruinas, sacase á luz lo que el tiempo ha cubierto con su manto, usos, leyes, vicisitudes: la vida, en fin, de un gran pueblo.

Si tuviésemos esa epopeya popular, no seria necesario que yo os contase lo que hoy solo saben los que estudian la historia: esto es, los detalles de la famosa batalla, donde cayó en poder de España aquel rey de Francia.

Pestadme, pues, atencion, porque os voy á contar, amparándome de los cronistas de aquel tiempo; cómo fue la batalla de Pavía.

V.

Un antagonismo invencible habia hecho enemigos irreconciliables á los dos reyes mas grandes de su tiempo.

Cárlos V y Francisco I.

Nieto el primero de los poderosos Reyes Católicos, habia reunido en sí todo lo emprendedor, todo lo valiente, todo lo generoso, todo lo noble, todo lo grande de Isabel I y todo lo político, todo lo astuto, todo lo ambicioso de Fernando V.

Diplomático hasta donde podia serlo, lo que su diplomacia no podia concluir lo acababa su espada.

Al subir al trono se encontró con una nobleza turbulenta, á la que toda la energía del cardenal Cisneros no habia podido dominar, y con un reino compuesto de pequeños reinos regido cada cual por fueros particulares, con habla desemejante y con distintos sistemas de cambio.

Elementos estos todos de colisiones que no tardaron en tener lugar, resultado preciso de lo que las circunstancias habian impedido hacer á sus abuelos los Reyes Católicos: esto es, constituir en un solo Estado, los diferentes Estados de lo que bajo el reinado de aquellos reyes podria llamarse con alguna licencia la confederacion española.

Habia venido á caer tambien sobre la jóven cabeza de Cárlos de Austria, la corona imperial de Alemania, y encontrábase por ella con otra confederacion turbulenta, profundamente dividida por viejos antagonismos y donde todo hervia, donde todo amenazaba.

Suyos eran tambien los Estados de Flandes, y en Italia Nápoles y Sicilia, en las colonias de América casi recien descubiertas, obligaban á asegurar la dominacion española, guerras lejanas y dispendiosas, y el Africa enviando sus piratas á nuestras costas, amenazando siempre, era otra de las atenciones del imperio.

No sostenerlo, aceptar este peso, era ya una grandeza.

Cárlos V supo ser grande.

Pero no supo ser grande sin tener celos, y aun pudiéramos decir que envidia, de otra vecina grandeza.

De la del rey Francisco.

Era Francisco de Valois uno de los reyes mas aventureros y caballerescos que se han conocido: magnífica figura que puede llamarse del Renacimiento, porque como los cuadros de Rafael y la arquitectura de aquella época, participaba del carácter de la edad media y de la edad nueva: cumplido caballero en quien se conservaban todas las tradiciones de la edad pasada y en donde aparecian los gérmenes de la edad que empezaba: rey y soldado, que por serlo habia corrido la suerte de las armas siendo prisionero de los españoles, como su descendiente el rey Juan lo habia sido de los ingleses: poema encarnado en un hombre: última figura bella de aquella monarquía antigua que habia llevado durante centenares de años su corona y su espada á los campos de batalla: digno competidor, aunque desgraciado, del emperador Cárlos V, que domina la historia de su tiempo y la llena.

Necesariamente estos dos reyes debian ser enemigos.

Cuando dos reyes se odian, nunca les falta un pretesto para enviar á sus súbditos á la guerra á que maten y mueran en su nombre.

Francisco de Valois poseía el ducado de Borgoña.

Cárlos V decia tener derecho por su padre á aquel Estado y pretendia revindicar su derecho.

Ademas al emperador le pesaban los franceses en el Milanesado y necesitaba arrojarlos de él.

En tal situacion se encontraban los reyes de España y Francia á principios del año 1525.

VI.

Francisco I, con un respetable ejército tenia puesto sitio á Pavía, dentro de la cual, se mantenia con un puñado de españoles, por el emperador, Antonio de Leiva.

El emperador envió allá un ejército de mas de veinte mil hombres bajo las órdenes en jefe del marqués de Pescara, á quien acompañaban como generales el duque de Borbon y el virrey de Nápoles Cárlos de Lanoy.

El jueves 21 de febrero de 1525, último dia de carnaval y víspera de San Matías, don Fernando Dávalos, marqués de Pescara, que ya se encontraba con el ejército imperial en los campos del Tesino, mandó á los sargentos mayores reuniesen la infantería en tres cuerpos para hablarla.

Cuando estuvieron reunidos y puesto en medio de ellos el marqués, les dijo:

«Nunca os he juntado, hijos, sino para contaros trabajos y miserias, sabe Dios cuánto me pesa de esto: porque yo mejor querria verme entre vosotros para alegrarme y regocijarme como buenos amigos; pero yo no puedo dejar de hablaros en la ocasion presente y deciros lo que he pensado y lo que de vosotros espero. Bien se que á vosotros os debo la honra de ser vuestro capitan general; pero quiero tambien que sepais lo caro que esta honra me cuesta, que es tanto, que casi estoy por decir que maldita fuese tal honra, que obliga á perder bienes y vida, y aun, en ocasiones el alma. Perder la vida por la honra, cuando esta puede satisfacerse solamente con la vida, no es nada: y yo puedo decir, porque lo sabeis, que en todas las ocasiones buenas y malas en que nos hemos hallado, me habeis visto siempre delante de vosotros, deseoso de perder antes la vida que empañar la honra de ser vuestro capitan, y pues á tanto me teneis obligado, mirad de qué manera muestra mi corazon lo que voy á deciros y lo á que la necesidad me obliga.

Y como al decir estas palabras el marqués tuviese los ojos arrasados en lágrimas, los soldados se conmovieron y victorearon á su general.

Este prosiguió:

»He dicho esto, señores é hijos mios, para daros parte del estremo á que la fortuna nos ha traido. No teneis mas tierra amiga que la que teneis debajo de los piés, y de tal manera es esto cierto, que solo un pan que daros mañana de comer, ni yo, ni el poder de nuestro emperador lo alcanzamos, ni sabemos de donde poderlo haber sino en aquel campo de franceses que allí veis (y señalaba el ejército francés que sitiaba á Pavía) porque allí, como alguno de vosotros lo habeis visto la otra noche, hay abundancia y sobran el pan, el vino, la carne y las truchas y carpiones del lago de Pesquera, para mañana viernes. Por tanto, hermanos mios, la cuenta es que si mañana queremos comer, allí lo hemos de ir á buscar. Y si esto no os parece, decidmelo, para que yo sepa vuestra voluntad (1).»

Los soldados aclamaron á gritos, que aunque fuera en ayunas irian á donde su general les mandase.

Dióse órden á los piqueros para que al dia siguiente ninguno saliese de su puesto hasta que se declarase la victoria.

Que los arcabuceros que anduviesen desbandados, no se detuviesen á despojar ni á hacer prisioneros, hasta concluida la batalla, y que si alguno lo hiciese los demás le matasen el prisionero ó el caballo que hubiera cogido,

(1) Histórico á la letra: Sandoval, historia de Cárlos V.

le quitasen la presa y le matasen á él mismo, si era necesario para poner en temor á los demás.

A las nueve de la noche, los tambores anduvieron por el campamento sin las cajas, tocando únicamente con las baquetas, para que no los sintiesen los franceses, y á esta señal, como estaba mandado, los españoles se armaron y se pusieron las camisas sobre las armas para ser conocidos unos de otros durante la noche, y no se hirieran ó envolviesen creyéndose enemigos.

Para dar una idea de lo provistos que iban nuestros soldados de camisas, basta decir, que Pescara mandó que el que tuviese camisas sobradas las diese á los que no las tuviesen, y aquellos á quienes faltasen, se las hiciesen de lienzo de las tiendas ó de papel.

Despues de esto el capitan Arriano, disfrazado de francés, pasó sin ser notado junto al campo enemigo, y fue á Pavía á avisar de lo que estaba determinado á Antonio de Leiva.

Los bagajeros, la gente inútil y todos los carruajes del ejército, se retiraron al castillo de San Angelo, y solo quedó la gente útil para combatir.

VII.

Armado el ejército y encamisado cada cual con lo que tuvo, Pescara mandó á Santa Cruz, capitan viejo de arcabuceros y al de piqueros Sacedo, que con sus compañías fuesen á derribar una parte del muro del parque de Pavía, en el centro del cual se alza el monasterio de cartujos de la Certosa, y llega hasta la ciudad, que está á una legua de distancia.

Confina el parque por una parte con el rio Gravalon, que se une cerca de Pavía con el Tesino, y de la otra parte estaba cercado de un muro de cal y ladrillo de la altura de una lanza.

En medio del parque habia una casa llamada Mirabel cercada á la redonda por un foso que se llenaba con las aguas de un arroyo.

Como este parque era muy estenso, y el ejército francés rodeaba á Pavía, gran parte de él se encontraba dentro del parque.

El terreno fuera del parque era todo de labor y de viñedo, y por esta razon Pescara prefirió para la batalla el terreno de la dehesa que constituia el parque, llano y desembarazado para pelear.

A las diez de la noche se reunió en escuadrones y banderas todo el ejército imperial, y se puso fuego á tiendas y barracas.

Al ver el torbellino de fuego y humo que se levantó del campamento incendiado, los franceses creyeron que los imperiales huian, segun dijeron despues de la batalla los prisioneros, y el rey de Francia mandó que su ejército estuviese sobre las armas para perseguir al amanecer los que creia fugitivos.

VIII.

Entre tanto encamisados ya y empapelados los imperiales, empezaron á avanzar lentamente las compañías alemanas, hácia la parte donde ya se habia abierto una brecha en el muro del parque: pero como este muro era muy fuerte, y no se pudo acabar de derribar hasta el amanecer, el resto de la noche, que fue larga y fria, la pasaron los imperiales confesando con los capellanes, y haciendo testamento los que tenian de qué: preparándose, en una palabra, para la muerte.

Al amanecer se levantaron las guardias silenciosamente, retirándose á los cuerpos, y Pescara mandó que se reuniesen cinco banderas de españoles y cinco de tudescos, entrando el marqués con ellas en el parque por la brecha abierta en el muro para hacer un reconocimiento.

Pescara adelantó hasta una pequeña arboleda y desde ella, vió que todo el ejército francés estaba fuera de sus trincheras ordenado en escuadrones, y con intento, al parecer, de perseguir á los imperiales que creia en retirada.

El marqués mandó que todo el ejército entrase en el parque.

Que los españoles formasen un escuadron y los alemanes otro, y que los italianos, por su escaso número, se reuniesen á los españoles.

Pero los italianos objetaron, que si se reunian con los españoles y la batalla se perdia, podria creerse que por ellos se habia perdido, y que si se ganaba, la honra del triunfo seria toda entera de los españoles. Opinaban, pues, que era mejor que cada nacion se señalara por sí misma, y que cada cual hiciese lo que pudiese por ganar honra.

Respetóse este reparo de los italianos, se les dejó constituyendo un cuerpo aparte como querian, y de todos los hombres de armas (caballería) se formaron tres escuadrones con sus estandartes.

IX.

Como todos los imperiales llevaban las camisas encima, no se podian ver bien las sobrevestas, y las divisas particulares.

Llevaban las camisas cosidas las mangas sobre los brazales de los arneses, las faldas recogidas á la cintura y sobre las camisas bandas encarnadas.

El virey de Nápoles, Cárlos de Lanoy mandaba el escuadron de vanguardia, con doscientas lanzas, y ademas los *continuos* de Nápoles y los suyos, en número de otras cien lanzas, y los estandartes en medio del escuadron.

Delante del virey iban seis trompetas vestidos de encarnado con banderines en los clarines de tafetan encarnado tambien, en las que estaban bordadas con oro las armas imperiales.

Estos eran trompetas particulares del virey.

Las trompetas de los escuadrones iban en el centro con los estandartes.

Detrás de estos seis trompetas y delante del virey iban á pié cuarenta alabarderos de su guardia, que al empezarse la batalla se retiraron á la infantería.

El virey iba armado con un arnés dorado y blanco, en el almete un penacho encarnado y amarillo, y sobre el arnés un sayo de brocado y raso carmesí.

Montaba un magnífico caballo ruano encubertado con la misma tela de brocado y carmesí, que marchaba como orgulloso de llevar al virey que á pesar de sus años aparecia sumamente gallardo.

X.

El condestable de Borbon llevaba un fuerte arnés de guerra liso, y del color del hierro bruñido y sobre él un sayo de brocado.

Marchaba junto á él el marqués del Vasto, con arnés cubierto de *veros* dorados y azules, divisa de sus armas; sobre el arnés un sayo de brocado de plata y oro sobre rojo, en el almete una pluma blanca y encarnada, y montaba un caballo castaño oscuro, con los paramentos de los mismos colores y divisas.

El marqués del Vasto habia pretendido entrar en la batalla á pié con la infantería, pero su tio el marqués de Pescara no se lo permitió, porque la compañía de lanzas del marqués del Vasto iba en el escuadron del duque de Borbon.

El capitan Hernando de Alarcon, mandaba el escuadron de la retaguardia con doscientas lanzas gruesas.

Llevaba el capitan Alarcon sobre el arnés una sobrevesta de terciopelo negro sin otra divisa, y se mostraba tan modesto, como el que ha criado canas en la guerra, sin sacar otro provecho que el acrecentamiento de la honra.

XI.

Estos tres escuadrones, tomaron todos *lanza en cuja*, (1) entraron en el parque y se pusieron á una parte del.

Avanzó el marqués de Civita de Sant Angelo con cuatrocientos caballos ligeros, de los cuales era capitan, gente brava y bien armada, y con escelentes caballos: el marqués montaba uno castaño oscuro á la ligera, aunque mal provisto de cadenas en las riendas, cuyo descuido le costó la vida. Llevaba sobre el arnés una sobrevesta de terciopelo carmesí, y de lo mismo el paramento del caballo.

Mandó el marqués de Pescara al de Civita de Sant Angelo, que fuera á reconocer la casa de Mirabel, que como hemos dicho, rodeada por un foso estaba en medio del parque de Pavía, y la desembarazase de algunos enemigos que en ella estaban, lo que ejecutó bizarramente con sus ginetes, volviéndose á los escuadrones.

De la infantería española se formó un escuadron de mas de seis mil hombres, á cuya cabeza iba el marqués de Pescara con arnés de infante sobre un escelente caballo tordillo, que se llamaba el *Mantuano*; no llevaba el marqués mas divisa que la comun, calzas de grana, jubon de raso carmesí, y por sobrevesta una camisa riquísima de brocado de oro y perlas.

Seguíanle, cubiertos de galas á cual podia mas, sus continuos, sus gentiles-hombres y los capitanes de la infantería.

De los infantes tudescos se formó otro escuadron fuerte de doce mil hombres, á las órdenes de Micer Jorge su coronel: este llevaba sobre el coselete y la camisa, por devocion, una cogulla de fraile francisco, lo que causó gran risa á todos por la rara facha que con esto tenia el buen coronel.

En la retaguardia iba la infantería italiana, con sus capitanes Papapoda, Cesaro de Nápoles y otros.

Este escuadron apenas contaba dos mil hombres aunque escogidos y valientes.

Con los italianos iba la artillería, consistente solo en dos cañones viejos y las municiones sobre unas yeguas, cada una con un costalillo de pólvora ó balas, ofreciendo el espectáculo mas risible del mundo aquella artillería junto á aquel magnífico ejército.

(Se concluirá en el próximo número.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(1) Es decir, se prepararon al combate.

LA ESCENTRICIDAD.—LOS ESCENTRICOS.

III.

Mr. Pickwick, decíamos, estaba ya completamente rendido y dispuesto á dar de mano á la caza, cuando el sombrero fué á tropezar con cierta violencia en la rueda de un carruaje, que, con otra media docena de vehículos, estacionaba en el sitio mismo á donde aquel habia dirigido sus pasos. Percibiendo Mr. Pickwick su ventaja, se lanzó al fugitivo con viveza, y habiendo asegurado su propiedad, se la plantó enérgicamente y se paró á tomar aliento. Pero no habia pasado medio minuto, cuando oyó pronunciar con ansia su nombre por una voz que conoció luego ser la de Mr. Toupman, y, mirando arriba, vió un espectáculo que le llenó de placer y sorpresa.

En una carretela abierta, cuyos caballos habian desenganchado para que cupiese mejor en aquel sitio tan atestado de gentes, se veia á un caballero de edad, corpulento, vestido con calzon corto de pana de canutillo y botas altas, dos señoritas con chales y plumas en los sombreros, un jóven que parecia enamorado de una de ellas, una señora de edad dudosa, tia probablemente de las antedichas, y Mr. Toupman, tan indiferente y á sus anchas como si desde la niñez hubiera pertenecido á aquella familia. Amarrada á la zaga de la carretela se veia una canasta de espaciosas dimensiones—una de esas canastas que despiertan siempre, en un espíritu contemplativo, reflexiones conexionadas con pavos asados, lengua fiambre y botellas de vino—y en el pescante yacia sentado un muchacho gordiflon y de rostro encendido, en un estado de soñolencia completa, á quien no se podia mirar un solo instante sin conocer que era el despensero oficial del contenido de la susodicha cesta cuando llegase el tiempo oportuno de consumirla.

Mr. Pickwick habia echado una rápida ojeada sobre estos interesantes objetos, cuando oyó nuevamente la voz de su fiel discípulo. «Pickwick—Pickwick» dijo Mr. Toupman «subid aquí, daos prisa.»

«Pase usted señor, suba usted aquí» dijo el hombre alto. «¡Joe—¿háse visto un muchacho como ese?—¡pues no se ha vuelto á dormir!—Joe, baja el estribo.» El muchacho gordiflon se desplomó del pescante, bajó el estribo, y abriendo la portezuela del coche brindó de un modo halagüeño á Mr. Pickwick. En este momento llegaron Mr. Snodgrass y Mr. Winkle.

«Caben ustedes bien todos señores» dijo el hombre alto «dos dentro y uno fuera.» Joe, haz sitio para uno de estos señores en el pescante. Ahora, señor, arriba;» y estendió su brazo y empujó á Mr. Pickwick y luego á Mr. Snodgrass empaquetándolos en la carretela á viva fuerza. Mr. Winkle subió al pescante; el chico gordiflon subió á paso de pato al mismo sitio y volvió á dormirse en seguida.

«¡Bien! señores»: dijo el hombre alto, me alegro mucho de ver á ustedes: ya los conozco mucho tiempo hace aunque ustedes no se acuerden de mí. Yo pasé algunas tardes en vuestro club el invierno último,—topé aquí esta mañana con mi amigo Toupman y me alegré mucho de verlo. ¡Bien! ¡Bien! y ustedes ¿cómo lo pasan? ¡Parece que gozan ustedes de buena salud á fe mia!»

Mr. Pickwick devolvió el saludo y dió cordialmente la mano al hombre alto de los calzones de pana.

«¡Bien! ¿y á usted cómo le va ahí?» dijo este dirigiéndose á Mr. Snodgrass con ansiedad paternal, perfectamente, ¿no es verdad?—todo va bien, todo va bien. Y usted ¿cómo está? (á Mr. Winkle) ¡Bien! me alegro mucho de que todos estén contentos: yo lo estoy á fe mia. Mis hijas, señores: estas son mis niñas; y aquella es mi hermana, Miss Rachael Wardle.»

«Perdonen ustedes señores; este es mi amigo monsieur Trundle. Y ahora que todos nos conocemos, procuremos pasarlo lo mejor posible y ver lo que está ocurriendo fuera. Esta es mi opinion.» Y diciendo esto, se caló el hombre alto sus anteojos: Mr. Pickwick hizo lo mismo, y todos se pusieron en pié en el carruaje para mirar por encima de los hombros de su vecino los movimientos y evoluciones de la tropa.

¡Sorprendentes fueron aquellas evoluciones! Una fila hacia fuego sobre las cabezas de otra y se retiraba; entonces la segunda fila hacia fuego á su vez sobre las cabezas de una tercera y se retiraba tambien; en seguida formaban cuadros, con los oficiales en el centro, y bajaban por un lado á la trinchera con escalas de cuerda, y subian por el otro lado con igual método, y derribaban barricadas de canastos, portándose en todo con la mayor elegancia. —Luego hubo tal furia de cargar y atacar unos cañones enormes puestos en batería, con instrumentos parecidos á grandes aljofifas amarradas en palos; tales preparativos antes de dispararlos, y tan espantoso ruido al hacer fuego, que se estremeció el aire con los chillidos de las señoras. Las señoritas Wardles se asustaron tanto que cayeron desmayadas y su tia presentó síntomas de un grave ataque nervioso. Todos se asustaron escepto el chico gordiflon que dormia profundamente como si el ruido del cañon fuese para él su habitual *nanú*.

«¡Joe, Joe!» dijo el hombre alto luego que se tomó la ciudadela y se pusieron á comer sitiadores y sitiados. «Maldito cáico, ¡pues no se ha vuelto á dormir! Tenga usted la bondad de tirarle un pellizco en la pierna, pues este es el único modo de despertarlo: así, así, muchas gracias. «Joe, abre el canasto.»

El chico gordiflon que habia despertado efectivamente por la compresion de su pierna entre el dedo pulgar y el índice de Mr. Winkle, se bajó otra vez del pescante y procedió á abrir el canasto con mas ligereza de la que podia esperarse de su inercia anterior.

«Ahora estrechémonos» dijo el hombre alto, y, despues de muchas bromas, cuando todos estuvieron acomodados en el carruaje, comenzó á tomar los objetos que le alargaba Joe colocado á propósito dentro de la carretela.

«Ahora Joe, tenedoresy cuchillos»; alargáronse los cuchillos y los tenedores, y las señoras y caballeros dentro, y Mr. Winkle en el pescante, fueron respectivamente provistos de estos cómodos utensilios.

«Platos, Joe, platos», y se empleó un procedimiento igual para la distribucion de la loza.

«Ahora, Joe, las aves. ¡Maldito muchacho, pues no se ha vuelto á dormir! y unos golpecitos en la cabeza con el baston sacaron á Joe con cierta dificultad de su letargo. «Vamos, saca los comestibles.»

El sonido de esta palabra produjo un efecto magnético en el chico gordiflon. Se levantó; y sus ojos de plomo, escondidos entre sus cachetudos carrillos, se fijaron con cierta feroz alegría sobre los manjares que iba sacando de la cesta.

«Bien, bien»—«¡vamos, vivo! Ahora la lengua—el pastel de pichon—¡cuidado con el jamon y la ternera!—no olvides la langosta—saca la ensalada del paño—dame el aliño.» Tales fueron las rápidas órdenes que salieron de los labios de Mr. Wardle segun iba tomando los diferentes artículos de la cesta y colocándolos en los respectivos platos y en las respectivas rodillas en número infinito.

«Ahora, decidme, ¿no es esto magnífico?» preguntó aquel festivo personaje cuando la obra de destruccion hubo empezado.

DON LUIS DE GÓNGORA.

«Magnífico» dijo Mr. Winkle, que estaba trinchando un pollo en el pescante.

«Un vaso de vino.»

«Con mucho gusto.»

«Mejor será darle á usted una botella, ¿no es verdad?»

«Tiene usted razon, muchas gracias.»

«¡Joe!»

«Señor» esta vez no se habia dormido, y se entretenia en sacar un pastel de ternera.

«Una botella de vino al caballero del pescante. Me alegro de su buen apetito.»

«Gracias.» Mr. Winkle llenaba su vaso y colocaba la botella al lado.

«Brindo por la salud de usted» dijo Mr. Trundle á monsieur Winkle.

«Con mucho gusto replicó Mr. Winkle á Mr. Trundle. Y bebieron ambos haciendo despues otro brindis á la redonda con inclusion de las damas.»

«Maldito chico» dijo el hombre alto «¡pues no se ha vuelto á dormir!»

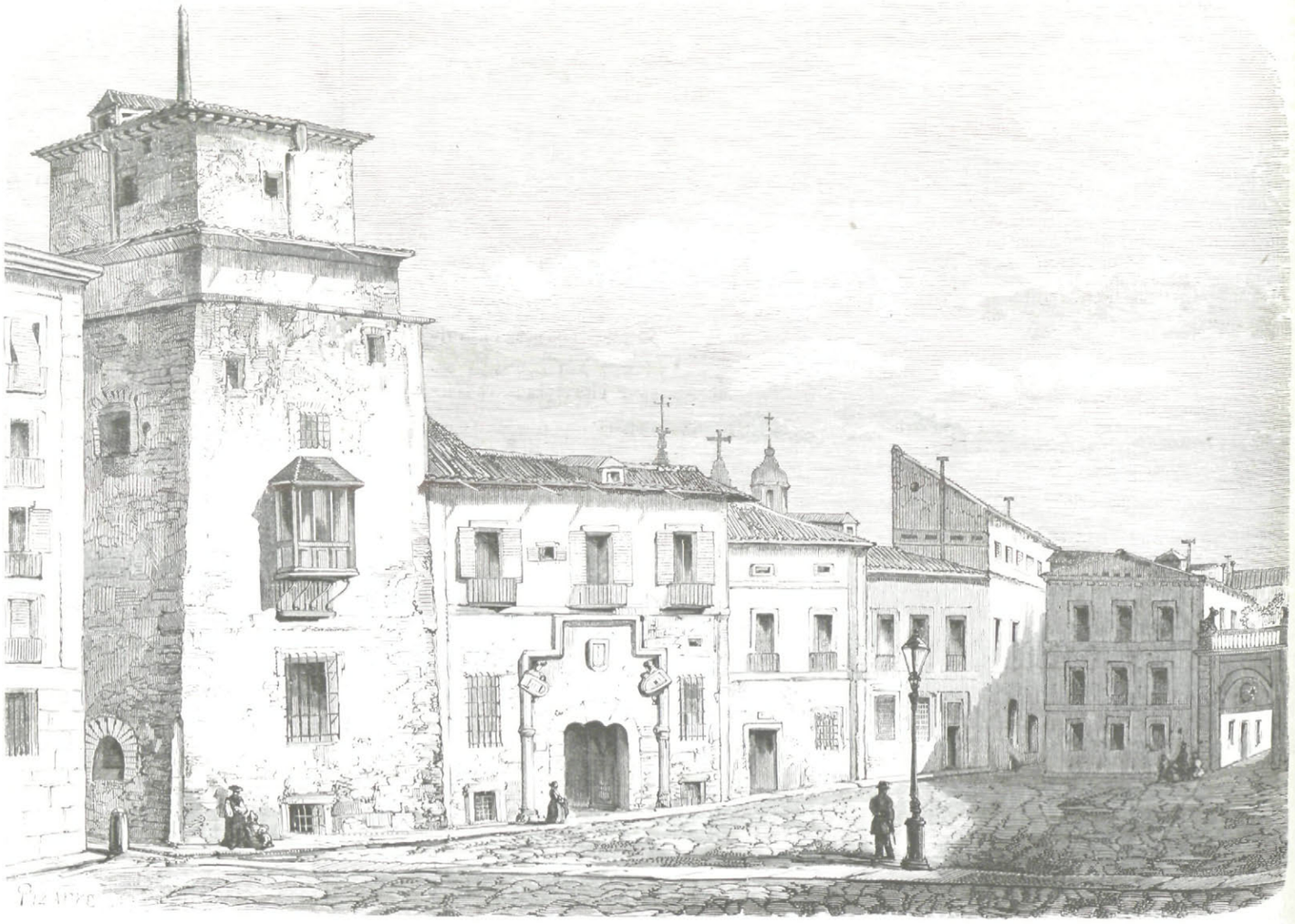
«Raro muchacho» dijo monsieur Pickwick: «¿duerme siempre lo mismo?»

«Dormir» dijo el hombre alto «pues si nunca está despierto: hace los mandados dormido y ronca mientras sirve á la mesa.»

«¡Qué cosa tan rara!» dijo Mr. Pickwick.

«Muy rara en verdad» dijo el hombre alto «y me envanece tanto este chico, que no me desharia de él por ningun dinero, porque es una especie de objeto curioso. Joe, Joe, quita estas cosas y abre otra botella, ¿lo oyes?

El chico se levantó, abrió los ojos, se tragó el enorme pedazo de pastel que estaba engullendo cuando se quedó la última vez dormido, y obedeció lentamente las órdenes de su amo echando tiernas miradas



CASA Y TORRE DE LOS LUJANES, EN QUE ESTUVO PRESO FRANCISCO I REY DE FRANCIA.

á los restos del banquete, segun apartaba los platos y los depositaba en la canasta. Presentada y vaciada rápidamente la última botella y vuelto á amarrar el canasto en su sitio, subió otra vez el niño gordo al pescante, ajustáronse de nuevo las gafas y los lentes, y volvieron á empezar las maniobras militares. Hubo mucho marrar de tiros, muchos sustos y desmayos de señoras, y por último voló la mina con gran contento de la gente, y cuando la mina hubo volado, siguieron su ejemplo militares y paisanos, marchándose todos en distintas direcciones.

«Ahora cuidado,» dijo el hombre alto apretando la mano á Mr. Pickwick al terminar la conversacion que habian sostenido á intervalos mientras se terminaba el espectáculo: «nos veremos todos mañana.»

«Seguramente replicó Mr. Pickwick.»

«No olvidará usted las señas.»

«Quinta de Manor, Dingley Dell,» dijo monsieur Pickwick consultando su libro de memorias.

«Eso es» dijo el caballero alto; «ya sabe usted que no lo suelto en una semana y que por mi cuenta corre el que vean ustedes todo lo que hay que ver en este pais. Si les agrada la vida del campo, no hay cuidado, que haré la disfruten ustedes por completo. ¡Joe, maldito muchacho! ya se ha dormido otra vez. Joe, ayuda á Tom á enganchar los caballos.»

Los caballos fueron enganchados, el cochero subió al pescante, el niño gordo trepó á ponerse á su lado, se cambiaron recíprocos saludos, y el carruaje se puso en rápida marcha. Cuando los pickwickianos volvieron la cabeza para echarle una última mirada, el sol poniente lanzó uno de sus mas brillantes rayos sobre los rostros de sus amigos del coche, y vino á caer de lleno sobre el cuerpo del chico gordiflon. Habia dejado caer la cabeza sobre el pecho y estaba profundamente dormido.

PUERTA Y TORRES DE CUARTE EN VALENCIA.

La escentricidad, cuya descripcion acaban de ver nuestros lectores en uno de los capítulos mas entretenidos de esa divertidísima historia, pintada tan al vivo por uno de los autores de mas verdad y riqueza en el colorido que cuenta en su seno la literatura británica, no es mas que una débil muestra de ese cúmulo inmenso de escentricidades y escéntricos que ofrecen por do quiera, en sus calles, plazas y clubs, Lóndres y las demás ciudades populosas de Inglaterra.—La manía es un accidente tan comun entre los ingleses como la risa, el buen humor, la conversacion festiva y el canto en los demás pueblos. Un inglés (hablamos de los ingleses escéntricos cuyo número es considerable y crece diariamente), no se divierte como la mayor parte de las gentes con gozar de los placeres que están al alcance de su fortuna; la vida comun se le hace muy pronto odiosa, y en vez de goces, necesita esperimentar emociones.

Para conocer y distinguir á un escéntrico, basta tener la vista algo ejercitada.—¿No habeis visto mas de una vez en las calles de París ciertas figuras que fijan vuestra atencion y se apoderan, digámoslo así, de vuestra alma? Esas personas suelen no ofrecer nada estraño en su traje; pero en su mirada, en su rostro, hay un no sé qué fascinador y sorprendente. Si les hablais, su acento os revelará pronto que son estranjeros, y á un oido algo ejercitado no se ocultará que son ingleses.—Acercaos y entablad conversacion con cualquiera de ellos: no tardareis en notar que tienen alguna manía característica; el uno os hablará de caballos y os describirá la historia de todas las razas, y aun de todos los individuos del género; otro, cuya aficion particular se ha fijado en los perros de caza, os contará punto por punto la historia de sus infinitas variedades, su anatomía, su fisiología, sus enfermedades, sus métodos de educacion, el desarrollo físico y moral de que son capaces, sus aficiones, sus aptitudes, sus instintos, y en suma su historia física, moral y semi-psicológica.—La canomanía es una de las escentricidades mas eruditas.—Los gallomanos forman tambien una interesante variedad que tiene ademas un carácter de nacionalidad muy marcado.—Hemos visto comprar un gallo en mil libras esterlinas y cambiarlo á los pocos dias por una mala escopeta; pero esta escentricidad ofrece escaso interés y mas que manía es una aficion muy generalizada en diversos paises.—La variedad que tiene su asiento peculiar en Inglaterra, y que constituye un tipo especial que no se encuentra en otras partes, es la iconomanía ó pasion furiosa á las pinturas, medallas y bustos.—Pero aun sobre esto es difícil decir nada nuevo.—Vengamos á las escentricidades individuales consultando algunos de nuestros recuerdos.—

Un amigo nuestro, jóven de diez y ocho años, se encontraba en Londres en 1819. Convidado á una espléndida fiesta con que celebraba su natalicio, cierto rico negociante de la Cité, y habiéndose prolongado la reunion hasta una hora muy avanzada de la noche, tuvo que regresar á su casa al través de las oscuras alamedas que se estienden por el boulevard de New-Road. Sabido es que en 1819 aquel sitio era uno de los mas tristes de Lóndres. Una doble fila de arbustos de seis piés con el tronco carcomido y la copa descarnada y lánguida; unas altas rejas monotonas y enmohecidas colocadas á un lado y otro del camino; un espacioso cuadro de cesped delante de cada edificio y una tapia de ladrillos negros enfrente de cada uno de estos cuadros, eran todo el adorno de este largo camino triste, sombrío y desapacible.

Habia andado mi amigo un cuarto de hora á lo largo de este tétrico paseo, cuando un hombre alto, gigantesco, desembocó repentinamente de una de las calles laterales. Aquel hombre se viene derecho hácia él blandiendo en su mano un nudoso garrote.—El desconocido tenia por lo menos seis piés y su fiero aspecto completaba el pavor que inspiraba su talla. Jugaba con el enorme tronco que le servia de baston como un niño con la cuerda que tiene de juguete.—Marchó un rato en silencio al lado de mi amigo y en seguida entabló con él el siguiente diálogo:—«¿Cuál es vuestro país?»—¡Estraña pregunta para dar principio á una conversacion nocturna!—«Francia.»—«¿Y vos, de dónde sois?»—

«De la Jamaica, posesiones inglesas.»—«Decidme, ¿sois rico?»

—«No; ¿y vos?»

—«Rico y pobre, segun las ocasiones.—Salí hace dos años de la cárcel y desde entonces no van mal los nego-

cios. ¿Pero vos, prenda mia, qué venis á hacer á Londres?»

—«Aprender el inglés y viajar por el país.»

—«¿Y á cuánto ascienden vuestras rentas?»

—«A doscientas libras esterlinas.»

—«¡Oh! pues yo cuento un año con otro con mas de mil libras. No hay en Lóndres ladron mas célebre que *Jemmy Cower*. ¿Y viven vuestros padres? ¿Dónde están?» Continuó preguntando con un tono verdaderamente sentimental.

—«Habitan en París.»

—«¿Son viejos?»

—«Mi padre es bastante anciano.»

—«¿Qué hace?»

—«Nada.»

—«¿Cual es su profesion?»

—«Es general retirado.»

—«Yo tambien he servido ¿Y llevais algunas alhajas ó dinero?»

El interrogatorio se iba haciendo serio para mi amigo que confesó de plano la verdad.

—«¿Y dónde vivis?

—«*Malborough Street*, *Orford Street*.»

—«¡Diablo! pues está bien lejos, y hay que atravesar todo el parque de New-Road, que es peligroso. Los camaradas podrian echarse encima y las cadenas y los brillantes de vuestras sortijas os comprometerian gravemente. ¡Vamos! es preciso acompañaros hasta *Saint-Giles*; allí nada tendreis que temer. Charlaremos por el camino.

Jemmy-Cower convertido en protector de mi amigo le refirió todas sus aventuras. Habia servido por mar y tierra, y cuando lo licenciaron se habia hecho filibustero nocturno. Hablaba de sus robos como de sus batallas con cierta especie de modesto orgullo, y al llegar á la puerta de *Saint-Giles* se paró, apretó con violencia la mano de mi amigo y le dijo:

—«Sois un niño, pero no habeis tenido miedo. Podeis jactaros de haber ido durante media hora por el parque de New-Road en compañía de Jemmy-Cower. Cuando se ha tenido semejante encuentro y se ha salido con bien, las gentes se despiden como buenos amigos. Dadme la mano y buenas noches.»

Diciendo esto se despidió y encaminó sus pasos por el tortuoso laberinto de Saint-Giles.

Esta aventura conmovió vivamente á mi buen amigo que no pudo dormir en toda la noche. Refiriéndola al dia siguiente á sus conocidos, supo que aquel famoso Jemmy-Cower, que despues de haber servido por mar y tierra, se habia convertido en filibustero nocturno causándole tanto pavor en su presencia y haciéndole temer por la seguridad de su bolsillo, era lord... uno de los hombres mas ricos de la Gran Bretaña y el primero tal vez de sus escéntricos.

(Se continuará.)

RICARDO DE FEDERICO.

DON LUIS DE GONGORA Y ARGOTE.

Hijo de don Francisco Argote y de doña Leonor de Góngora, invirtió el órden de sus apellidos, tomando el de su madre por primero.

Nació en Córdoba el 11 de julio de 1561. No ha faltado entre sus biógrafos quien le haya hecho nacer en la calle de Marcial. Del mismo modo pudo ser en la de Séneca el trágico ó en la de Lucano; pero esto no hubiera sido tan acertado, porque al fin, mas que á los escritos de cualquiera de estos dos últimos poetas se parecen los de Góngora á los del epigramático Marcial.

El padre de nuestro don Luis, que era un distinguido jurisconsulto, deseando que su hijo abrazáse la misma profesion, le envió á estudiar á la universidad de Salamanca; pero la aficion del estudiante á la poesía y sus felices disposiciones para cultivarla le hicieron abandonar el estudio á que su padre le destinaba. Por esta resolucion abrazó gustoso Góngora la pobreza y esa posicion ambigua que ocupan los alumnos de las musas en la sociedad (en la cual aparecen como los eslabones que en la cadena de los vivientes se interponen entre los cuerdos y los locos) prefiriéndolas á la halagüeña perspectiva que debia presentar á sus ojos una profesion en que ya su padre se habia grangeado un gran concepto, ocupando una posicion muy distinguida.

Despues de este y otros muchos ejemplos que nos presentan los poetas de preferir lo agradable á lo útil, no hay para qué maravillarse de que vivan pobres, ¿pues cómo han de ser ricos los que nada ponen de su parte para serlo? Hagamos sin embargo justicia á algunos de los poetas de nuestros dias. Escarmentados sin duda en tantas cabezas agenas, han estudiado largamente para aplicar en la práctica el *omne tulit punctum* de Horacio; y así es que si alguna vez para inspirarse se bajan á beber en la fuente de Helicona, lo hacen echándose mano á los bolsillos para que no se les salgan los pesos duros. Con estos poetas me entierren, diria Sancho Panza, que era hombre que sabia donde le apretaba el zapato. Pero vamos al asunto.

De veinte y tres años era ya conocido Góngora como poeta de mérito, sin que por esto dejase de ser deplorable el estado de su fortuna, y en este mismo estado pasó despues mas de veinte años, abrazando por último el estado eclesiástico á fin de tener alguna esperanza que le tranquilizase sobre su futura suerte.

Trasladóse despues á Valladolid, donde residia la córte, y contribuyó con varias de sus poesías á la coleccion que en 1605 publicó Pedro Espinosa con el nombre de *Flores de poetas ilustres*.

Despues de once años de pretender y trabajar, solo pudo conseguir aumentar algo mas su reputacion de poeta. Llegó un dia en que parecia iba á cambiar la suerte de Góngora, pues llegó á tener el favor del conde-duque de Olivares; pero una enfermedad cerebral que le privó de la memoria, le privó igualmente de los favores que aquel poderoso valido le hubiera podido dispensar; y ya inútil para la córte, se volvió á su patria, donde murió el 23 de mayo de 1627 á los sesenta y seis de su edad. Fue sepultado en la catedral en la capilla de San Bartolomé, patronato de la casa de Góngora.

Fue Góngora dado á la sátira, resaltando en esta mas lo agresivo que lo chistoso. Tuvo por enemigo á don Francisco de Quevedo, cuyos escritos y acciones solia criticar con punzantes epigramas; pero Quevedo no dejaba de volverle las pullas, y á la verdad no era Góngora suficiente hombre para luchar con aquel gigante de la sátira. Debe creerse que si Quevedo se irritaba de la mordacidad de Góngora, será por la misma razon que un leon se irrita de una mosca que le molesta. Tambien asestó Góngora sus armas contra Lope de Vega, que en varias ocasiones manifestó no le gustaba el culteranismo.

Se ha culpado á Góngora de haber fundado la secta de los culteranos; pero esta inculpacion carece de fundamento, y se rebate fácilmente, ya sea recurriendo á los hechos, ya á la razon. Recurriendo á los hechos vemos el culteranismo propagarse en Italia antes que en España; y la literatura nuestra subordinada á la italiana, parece natural que así como la acompañó en los buenos ejemplos, la siguiese en los malos. Por otra parte, no se concibe que un hombre pueda cambiar el gusto de una nacion, haciéndola admitir una poesía ampulosa, oscura y estravagante, y olvidarse de sus bellos modelos. La verdad es que el *gongorismo* ya se deja traslucir en algunos pasajes (pocos á la verdad) de Herrera y de Rioja. El mal gusto de Góngora fue una enfermedad que en su tiempo se notaba ya en muchos de nuestros escritores; y con la misma falta de razon se dice que Góngora estragó el gusto en la poesía, como que Churriguera estragó el gusto en la arquitectura: ambos obedecieron al gusto de su época, y ambos (cada uno en su cuerda) tuvieron la desgracia de ser la síntesis de este mal gusto.

Pero si mueve á lástima ver á Góngora escribiendo sus *Soledades* y su *Polifemo*, no puede contenerse la risa al ver á hombres al parecer de seso, tratando muy de propósito de averiguar lo que Góngora quiso decir en cada uno de los innumerables lugares oscuros de sus obras cultas. Valgámonos de un ejemplo: el asunto lo merece.

Dice Góngora en sus *Soledades*, hablando de unos serranos:

«El menos ágil cuantos comarcanos
Convoca el caso, él solo desafía,
Consagrando los palios á su esposa;
Que á mucha fresca rosa
Beber el sudor hace de su frente.»

Y á esto dice el bueno de Pellicer: «El sentido que esto tiene no es muy fácil: yo decia que los serranos, fatigados en el cansancio y fatiga de las cargas que llevaban, sudaban y llegaban al rostro sus mujeres, y entre las rosas de sus megillas enjugaban el sudor; pero nuestro amigo don Gabriel de Roa, gran poeta, gran amigo de don Luis y grande imitador suyo, de cuyo manuscrito me he valido, me advirtió que lo que don Luis quiso decir allí era que cada zagala limpiaba á su esposo con puñados de rosas deshojadas el sudor de su frente. A mí se me hace duro; otro lo decida.»

Yo, aunque humildemente confieso que carezco de autoridad para tomar parte en esta grave cuestion, me inclino á que tiene razon Pellicer en decir que semejante modo de limpiar el sudor se le hace duro. ¡Limpiar el sudor con puñados de rosas deshojadas! ¡vaya una ocurrencia! ¿pues no habia pañuelos, ó delantales ó alguna camisa (limpia por supuesto) que pudiese servir para secar aquellos mojados rostros? La opinion de Pellicer me parece mas admisible; y yo, á ser serrano, desde luego me atendria á ella sin ningun género de vacilacion. Pero como no lo soy, y miro esta cuestion como parte desinteresada, creo que muy bien pudo ser que lo que Góngora quiso decir fue que como las serranas iban coronadas de rosas, estas rosas bebian el sudor de sus frentes. ¡Oh lumbreras de nuestra literatura! ¿qué seria de esta sin vuestros poderosos auxilios? Acudid aquí que el caso lo requiere: es forzoso saber lo que Góngora quiso decir, ó de lo contrario es forzoso decir que Góngora no supo lo que se dijo; y, segun parece, hay cultos en la costa, y es por consecuencia forzoso irse con tiento en afirmar nada que á los tales sea desfavorable.

La celebridad de un poeta no se funda en todo lo que ha escrito, sino solamente en lo bueno que ha escrito. *Descartando, pues, todas las poesías en que Góngora* pagó tributo al mal gusto de su siglo, quedan todavía suficientes para que le demos en nuestro parnaso un lugar distinguido.

Son bellísimos algunos de sus sonetos, citados con razon por muchos de nuestros escritores, y me gusta sobremanera por su gallarda estructura el siguiente, que no recuerdo haber visto citado.

Raya, dorado sol, orna y colora
Del alto monte la lozana cumbre,
Sigue con agradable mansedumbre
El rojo paso de la blanca aurora:
Suelta las riendas á Favonio y Flora,
Y usando al esparcir tu nueva lumbre
Tu generoso oficio y real costumbre,
El mar argenta y las campañas dora.
Para que desta vega el campo raso
Bordes, saliendo Flérida, de flores;
Mas si no hubiere de salir acaso,
Ni el monte rayes, ornes ni colores,
Ni sigas de la aurora el rojo paso,
Ni el mar argentes, ni los campos dores.

No puede negarse que en este soneto se nota algo de afectacion; pero es esa afectacion elegante que tanto nos cautiva (á mí por lo menos) en algunas de las obras de don Antonio de Solís.

Tambien luce el talento poético de Góngora en sus letrillas, género de poesía en que tiene pocos rivales.

Pero en lo que, segun mi humilde juicio, no ha habido hasta ahora quien le iguale es en esos romances llamados *moriscos*.

En ellos no se sabe qué admirar mas, si lo galano de la frase, si lo fácil de la diccion, ó si aquel colorido encantador, que nos hace ver como si delante las tuviésemos, las escenas que el poeta nos describe.

Qué delicadeza, y qué verdad, y qué sentimiento se notan en el romance que comienza

Famosos son en las armas
los moros de Canastel,
valentísimos son todos,
y mas que todos Hacen.

De este romance tomó Moratin el padre en su *Fiesta de toros de Madrid* el siguiente lugar, admirable por su sentimiento y verdad, puesto en boca de una cautiva:

«Así quiera Dios, señora,
Que alegre yo vuelva á ver
Las generosas almenas
De los muros de Jerez.»

Nada puede leerse mas encantador que el romance que comienza:

«Entre los sueltos caballos
De los vencidos cenetes,
Que por el campo buscaban
Entre lo rojo lo verde.»

Se necesita tener el alma de bronce para no enternecerse al oir aquella relacion del cautivo enamorado; y al ver la generosidad de su vencedor, no puede menos de esclamarse ¿el hombre que ha escrito con tan inimitable verdad y fuerza de sentimiento, ha podido escribir *Las Soledades*?

No es menos bello el romance que comienza:

«Aquel rayo de la guerra,
alférez mayor del reino,
tan galan como valiente
y tan noble como fiero,
De los mozos envidiado
y admirado de los viejos,
y de los niños y el vulgo
señalado con el dedo.»

¿Queremos ver cuál iria el ginete que el poeta nos describe? pues basta para esto saber que:

«Tan gallardo iba el caballo
que en grave y airoso huello
con ambas manos media
lo que hay de la cincha al suelo.»

¡Esto es pintar!

Basta lo dicho para conocer que no debe confundirse el Góngora de las estravagancias, con el Góngora de las bellezas. Pagó tributo al mal gusto de su época, y si se quiere puso de su parte lo bastante para poder ser llamado jefe de aquella escuela detestable. Pero antes de esto escribió lo suficiente para ganarse en nuestro parnaso un lugar muy distinguido.

ZACARIAS ACOSTA Y LOZANO.

CIRCUNLOQUIOS AD HOC.

Hace algunos años que oí la historia que voy á contar.

Pasábamos junto al cementerio de una triste y miserable aldea.

Era el crepúsculo de la mañana. A su luz blanquecina y tenue, divisamos dos cruces enteramente iguales que descollaban solitarias en un ángulo del sagrado recinto.

Un perro grande, de largas y sucias lanas, dormia enroscado al pié de una de las cruces.

Al ruido de la diligencia que nos conducia, levantó el animal la cabeza, aspiró el aire que le circundaba, sacudió indolentemente las orejas, y volvió á sumergir su hocico entre las patas.

Pronto le perdimos de vista.

La imágen de aquel perro, durmiendo al pié de una cruz, preocupó vivamente mi ánimo.

Estaba el dia nublado, y anunciábase la aurora, melancólica y helada, una aurora de febrero.

El inmenso campo que descubríamos, se mostraba árido, como el corazon de un escéptico. El horizonte que le coronaba, nebuloso y frio como el interior de mi alma.

Mas de dos leguas habríamos caminado y la imágen del guardian del santo campo, continuaba embargando mi cerebro, marchito por los desengaños prematuros, cansado por la incesante lucha que sostiene desde mi adolescencia.

Entonces sentí nacer en mi pecho un deseo poderoso, irresistible, apremiante, de comunicar mis pensamientos con alguna persona que pudiera comprenderme... ¡Ay! ¡no la habia encontrado en una libre poblacion de trescientos mil habitantes, y pretendia buscarla en las prisiones de un coche de viaje!

El hombre es dueño de contener sus impulsos, sus aspiraciones... harto lo conozco, la esperiencia me ha convencido; ¿pero como evitará el sentirlas?

Mi compañero de viaje era un exclaustrado; hablaba tan poco como yo, y apenas habríamos cambiado media docena de palabras en las veinte y cuatro horas que caminábamos juntos.

Sin duda le inspiraria la propia desconfianza que tengo hácia cuanto me rodea. ¿Este sentimiento, es acaso intuito en el corazon de la criatura?—No.—Todo el mundo sabe lo contrario.—Las decepciones, los contínuos sinsabores, aniquilan nuestra ser, y engendran ese recelo que seca poco á poco la flor lozana de nuestras creencias.

La desconfianza está en proporcion de los padecimientos.—Quien mas sufre es el mas desconfiado.—No hay que olvidar tampoco los temperamentos

Luego no se me culpe por mi incredulidad, con respecto al bien. Este defecto de mi carácter, no es mio; lo han hecho germinar, ó de otro modo, me lo han trasmitido.

Vuelvo á mi narracion.

Tambien mi compañero estaba cabizbajo.

De improviso, fijando en mí su mirada, distraida por alguna recóndita idea, me preguntó con cierto aire de misterio.

—¿Observó usted el perro y la igualdad de las dos cruces del cementerio que hemos dejado atrás?

—¡Si usted supiera cuantas reflexiones me han sugerido! le contesté cediendo á la comezon que en aquel instante me incitaba á hablar.

—¡Y si usted penetrase los recuerdos que han despertado en mi alma! me replicó en el mismo tono de mi respuesta. Es una tradicion de mi pais, que escuché cuando niño de los lábios de mi padre, y que prueba una vez mas la justicia de Dios en la tierra, que suelen negar los desgraciados al ver la opresion del justo y el triunfo del criminal en este mundo, y que sin embargo existe y se administra por medios desconocidos, llamados en nuestra ignorancia *casualidad*, cuando su nombre es *providencia*.

—Cuento tenemos, dije para mi sayo, y llevé involuntariamente la mano al bolsillo de mi cartera, añadiendo en alta voz:

—Si fuese usted tan amable.....

—¿Qué me callase?

No me habia engañado en mis juicios; mi compañero era tan susceptible como yo.

—Que me refiriese esa historia, le contesté, pasaríamos mejor el rato.

—A propósito, continuó. Usted creerá como todos en la muerte del feudalismo.

Me encogí de hombros, no atinando el objeto de aquella suposicion afirmativa.

—Lo digo, prosiguió, porque necesito para el esclarecimiento de los hechos, demostrar que el feudalismo, bajo la acepcion, de *poder arbitrario*, con que la generacion presente conoce esa palabra, vive entre nosotros, como en los primitivos tiempos de la edad media, como existirá en todas las épocas y naciones sea cual fuere su sistema de gobierno.

«Desapareció el derecho de vidas y haciendas, desplomóse la horca y se embotó el cuchillo señorial; todo esto no es mas que cuestion de forma, limitacion de abusos, si se quiere, y es cuanto por otra parte puede hacer la humanidad. El cáncer, está en su propia esencia, como elemento constitutivo de su ser y mientras haya hombres, habrá *desigualdad de fortunas que creará* los fuertes y los débiles, políticamente hablando, y los segundos estarán á merced de los primeros y de esta dependencia forzosa, nacerá el abuso, esto es el feudalismo con todos sus fueros y prerogatavas.

»La hidra del poder feudal tiene innumerables brazos,

»En vano Luis VI de Francia quiso ponerle el pié en la garganta; en vano Felipe II Augusto y Luis XI siguieron su ejemplo, interesados en menoscabar una autoridad que hacia sombra á su trono. Enrique VII en Inglaterra, Fernando V en España, Maximiliano I en Austria, Gustavo Wasa en Suecia y Federico I en Dinamarca, creyeron, *por diferentes caminos haberle dado el golpe de* gracia y todos no hicieron mas que ligar unos cuantos brazos al monstruo, para tener mas libres los suyos; pero aun le quedan miles con que imponer su yugo por do quiera, á despecho de restricciones y leyes.

La debilidad y la fuerza lucharán perdurablemente bajo infinitos y diversos aspectos y el triunfo de esta, cualquiera que sea la justicia de entrambos, es ley inmutable de la naturaleza.»

No satisfecho con estas reflexiones, mi compañero se engolfó despues en otras mil sobre su tema filosófico y al cabo me refirió la historia que siguiendo una rancia costumbre apunté en mi cartera.

Ya habia olvidado este incidente, cuando al leer hoy en los periódicos la apologia de *Palomo* el perro del batallon de cazadores de Baza, recordé mi viaje y la tradicion del esclaustrado motivada por la vista del perro del cementerio. No me pareció exausta de interés y en tal creencia la traslado á mis lectores, bien entendido que en la exactitud historica del relato, dejó á salvo mi responsabilidad, pues si alguno quisiera exigirmela, le rogaria que trajese á su memoria el famoso dístico.

Y si lector digerdes ser comento
Como me lo contaron te lo cuento.

Y tendria mi contestacion.

II.

CUADRO DE FAMILIA.

Corria la primavera del año de gracia de 17.....

En un estenso valle de la feraz Andalucía, rodeado por escabrosas montañas, habia en los tiempos á que la tradicion se remonta, una reducida aunque pintoresca aldea.

Hoy la aldea se ha convertido en un pueblo de mil vecinos cuando menos.

Es tan benigno el clima de este valle, que jamás las dura escarcha, marchita su verde alfombra ni el cálido sol de estío, agosta el césped de sus praderas.

Los montes de sus contornos oponen una barrera insuperable á los impetuosos aquilones que retroceden mugiendo, como irritados de no poder con su hálito asolador deshojar las eternas flores de aquel nuevo paraiso.

A la entrada de la aldea y bajo ennegrecidas rocas que formaban una lóbrega gruta, brotaba entonces un claro manantial, cuyas abundantes aguas deslizándose sobre la blanda arena de un limpio arroyo, abierto al traves de los campos y sombreado por el musgo que se entrelazaba en sus orillas, iba á perderse en los sembrados despues de haber surtido á la aldea.

La condesa de C., descendiente de un rico criollo de de la América del Sur, célebre por el sin número de esclavos que cultivaban sus cafetales y movian sus *ingenios*, era tambien la propietaria de estos dominios en el comienzo de nuestra historia.

En las labores de sus campos, empleábanse todos los hombres de la aldea, viniendo á ser lo mismo que sus familias, dependientes de la condesa.

Durante los rigores del verano y siguiendo la tradicional costumbre de sus mayores, establecidos en Europa á principios del siglo XVII, retirabase la opulenta señora del pais á una quinta ó casa de recreo que aquellos habian construido en el valle para gozar de las dulzuras de su cielo.

La venida de la condesa era siempre un acontecimiento en la poblacion.

En este apacible vergel nació Luisa, la ma bella aldeana que habia contemplado nunca sus atractivos en las cristalinas ondas del arroyuelo.

Sus alegres compañeras la veian pasar con envidia todas las mañanas, llevando bajo el brazo su vidriado cantarillo para llenarlo en el manantial, y las ancianas, desde las puertas de sus casas, la saludaban con la sonrisa en los lábios, diciéndole cariñosamente,

—Dios te conserve el cabello, hermosa Luisa.

Y en verdad que tenian razon estas buenas mujeres, porque ninguna de las jóvenes andaluzas, ostentaba unas trenzas comparables á las de Luisa.

Cuando los dias de fiesta se engalanaba con sus enaguas de color de fuego, almilla negra y pañoleta azul, y su espesísima cabellera, rubia y brillante como la del sol de abril, coronaba en forma de lazo la parte inferior de su linda cabeza, que el peso de las trenzas, hacia inclinar suavemente atras, no obstante la cinta que las sujetaban, blanca, cual la nieve de su cuello, apareciase á los aldeanos como el génio bienhechor de los campos y si al pasar junto á alguno, le dirigia la espresiva y dulce mirada de sus rasgados ojos negros, era tan profundo el placer de su alma, que soñaba con la imágen de la jóven y al encontrarse al otro dia entre sus compañeros en el cultivo de los prados, se apresuraba á decirles:—ayer encontré á Luisa,—y aquellos sentian en silencio una verdadera tristeza, en no haber sido partícipes de semejante ventura; pues la aldeana no se dejaba ver si no al ir por agua á la fuente, apenas anunciaban los pájaros desde sus nidos la vuelta de la luz y los dias de fiesta al oscurecer, en que sirviendo de guia á su anciano padre, medio paralítico, salian ambos acompañados por un corpulento mastin, de largo, tosco y encrespado pelo negro y blanco, ancha cabeza y sagaz mirada, para visitar al viejo Andrés, antiguo amigo de la familia que habitaba una solitaria choza, no lejos de la aldea.

Tambien llegaba una época en el año en que Luisa era buscada por los ancianos para realzar con sus atractivos el baile que tenia lugar ante los balcones de la quinta en celebridad de la Virgen de la Asuncion.

Fuera de estas ocasiones, jamás se la veia tomar parte en los campestres juegos del lugar. Siempre al lado de su padre, Luisa rejuvenecia sus años, mitigando los rigores de la vejez y el dolor que minaba lentamente la existencia del honrado Pablo, desde que una larga série de calamidades destruyó su modesta fortuna de mercader, relegándole á la precaria situacion de sirviente, desgracia á la que no pudo sobrevivir su esposa.

Por eso la educacion de Luisa y de su hermano Tomás, aunque sencilla en estremo, diferia notablemente de la de todos los labriegos, quienes sin embargo no consideraban humillados al reconocer la superioridad del hijo de Pablo, el mas arrogante mozo de toda la comarca, que era en la actualidad quien mantenia á su reducida familia, con el salario que ganaba, como dependiente de la condesa de C., cuyo suntuoso jardin estaba confiado á su custodia.

Todos los domingos al medio dia, dirigíase Tomás alegremente á la aldea para entregar á su padre el jornal de la anterior semana, y cambiar al mismo tiempo su estropeado vestido por el que que su hermana le tenia dispuesto para que le sirviese los siguientes ocho dias en su ejercicio acostumbrado.

De este modo trascurrian felices los años de esta familia virtuosa: á escepcion del recuerdo de la madre y de sus pasados infortunios, siempre constante en la memoria de sus individuos, ni el menor pesar turbaba su reposo. Vivian conformes con su suerte: el aguijon de las pasiones no habia emponzoñado la dulce tranquilidad de su alma y el amor que se profesaban satisfacia á las exigencias de su corazon virginal.

(Se continuará.)

JOSE J. SOLER DE LA FUENTE.

VALENCIA.

PUERTA Y TORRES DE CUARTE.

Pocas son las poblaciones que no citen con mas ó menos fundado orgullo, ó un rasgo brillante en su crónica, ó un notable monumento en su recinto. Pero los monumentos son hechos para halagar el amor propio quizá con mayor energía que aquellos; los cuales relegados á las columnas de un libro impreso ó á las hojas de un manuscrito, instruyen é interesan á una limitada seccion de individuos que leen; mientras los monumentos, libros de piedra, bronce y argamasa, hablan á todo el que tiene ojos, y escitan la curiosidad de ignorantes é instruidos. Los monumentos conmemorativos del valor gozan el privilegio de fijar una atencion preferente; y al recorger los que ha sembrado el hombre y esparcido en la superficie del globo, se conoce, que el que los levantó, ante todo quiso aparecer fuerte en un mundo, donde todo le echa en cara su debilidad é impotencia; dominador en el momento mismo que sucumbe esclavo de la muerte, y grande detrás de las piedras que le cubren y esconden sus hediondos é insensibles restos. Los monumentos son en la region de lo insensible lo que el hombre en el órden físico sensible. Una almena derrocada, una pared agujereada, una ventana maltratada, son un hombre herido y mutilado en accion de guerra; uno y otro hacen alarde de su gloria; y á uno y otro se contempla con respeto y veneracion. Tal es el título con que la Puerta y torres de Cuarte de la ciudad de Valencia, se presentan á figurar en el Museo.

Despliéganse majestuosas á los rayos del sol poniente, y en ellas empieza la carretera de las Cabrillas, que antes de la existencia del ferro-carril conducia á Madrid, por la via mas recta. Toman el nombre del pueblo de Cuarte, distante una legua de Valencia sobre dicho camino. Su planta son dos medias elipses cortadas por su diámetro menor: únelas un cuerpo de edificio, en cuyo centro se abre una anchurosa puerta. Elévanse á una altura prodigiosa, rematando cada una en una robusta corona de matacanes que la embellecen, y le dan con su vuelo gallardía y esbeltez.

La simple inspeccion del grabado justificará la parsimonia que, hasta afectamos en su parte descriptiva, puesto que su mérito como monumento artístico queda relegado al catálogo de tantas otras como poseen varias ciudades de Europa, y que constituian uno de los elementos de fortificacion antigua. Unicamente nos contentaremos con añadir que su construccion data de 1844, y en época en que las necesidades de una poblacion en estado de constante desarrollo, aconsejaban el aumento de comunicaciones entre lo interior y esterior de la ciudad, al paso que la reforma y clausura de otras.

Desde muy atras fue su destino la custodia de presos, y como cárcel pública continua al lado de su hermana mayor la de Serranos y su hermana menor la de San Narciso.

A la par con las escasas ventanas que interrumpen la desnudez de las paredes de las torres, y en cuya apertura lo mismo que en las de Serranos, se consultaron mas

BEN-ABU, GENERAL DE CABALLERÍA, INTÉRPRETE DE LOS PRIMEROS ENVIADOS DE MULEY-EL-ABBAS.

bien las exigencias de la distribucion interior que las de la belleza y simetría, podrá el que inspecione el grabado, observar crecido número de agujeros de diferentes dimensiones y de formas irregulares. Fueron producidos por las balas de cañon y fusil lanzadas por los franceses en los ataques que á dicha puerta dieron el 28 de junio de 1808 á las órdenes del mariscal Moncey. He aquí como comparacion á su escaso mérito artístico, un glorioso título á la honorífica cabida que le damos en nuestras páginas.

Aun retumbaba por todos los ángulos de España el eco de las descargas del Prado, y los gemidos de los mártires del 2 de mayo. El pavor y amilanamiento que el vencedor se prometia infundir á los españoles, no fue sino rabia é indignacion. Aquel sacrificio subió al cielo en demanda de venganza y expiacion, y la obtuvo. Las espediciones enviadas á diversos puntos se creyeron en el deber de desplegar su energía y valor; cualidades ambas, cuyo peso habian hecho sentir á Europa, y que creyeron aplicables con igual éxito á España. A Valencia le cupo en suerte como jefe de la espedicion enviada á sojuzgarla, uno de los generales franceses mas humanos, y mas penetrados de la injusticia de la invasion de Bonaparte. Pero cumplia con su deber, y al propio tiempo es forzoso reconocer y confesar que no se contaminó con los escesos y atrocidades, con que otros generales mancillaron su nombre y bandera. Esta circunstancia, sin embargo, en nada disminuia el sentimiento de odio, que ardia en los corazones de todos los españoles. Era francés, y bastaba.

Aunque las noticias y antecedentes con que contaba le hicieron considerar como muy árduo el logro de su empresa, no por ello omitió las disposiciones propias de una campaña en país enemigo, y de cuyos habitantes eran harto notorios la decision, el arrojo, y el aborrecimiento al nombre francés.

La junta de Valencia presidida por el célebre franciscano P. Rico, despues de lavar la mancha de los asesinatos de los inofensivos franceses con la ejecucion de los asesinos, y del jefe de ellos, el tambien funestamente célebre canónigo don Baltasar Calvo, se consagró á la defensa de la ciudad y sus aproches; destinando una fuerza, en su mayor parte de gente allegadiza, á las fronteras de la provincia, y desfiladeros de las Cabrillas á las órdenes del general Adorno. Fortificóse el puente Pajazo sobre el Cabriel, y aguardóse la embestida del enemigo, á quien se dió vista el 20 de junio. Una diestra maniobra de este determinó la desercion de doscientos suizos, que se pasaron á los franceses, y el consiguiente desbandamiento de la columna. Los restos de la dispersion reunidos de nuevo á impulsos del ardor y energía del P. Rico, que salió apresuradamente de Valencia á conjurar el golpe fatal, aprovechando lo ventajoso y quebrado del terreno entre Sieteaguas y Buñol, esperaron segunda vez á los franceses, y molestaron su vanguardia con fuegos de guerrillas; pero desalojados á su vez de las alturas por el general Arispe á la cabeza de sus vascos montañeses del Pirineo, tambien fueron obligados á retirarse disputando al enemigo el terreno de cerro en cerro.

A falta de otras ventajas se lograba con este sistema de obstáculos constantemente reproducidos, ganar tiempo y darlo para la defensa de la ciudad. El último tropiezo que se le suscitó, fue la escaramuza de San Onofre, junto al pueblo de Cuarte. Numerosos tiradores certeros, emboscados en los algarrobales y olivares que á manera de bosques pueblan aquellas estensas llanuras, embarazaron la marcha de la fuerza enemiga por espacio de algunas horas, desde las dos de la tarde del 27, hasta el anochecer, en que quedaron los franceses dueños de la posicion y del pueblo de Cuarte.

Las autoridades de Valencia presididas por el conde de la Conquista se reunieron para deliberar acerca del mensaje de intimacion que les habia dirigido Moncey por conducto de un coronel español prisionero. No se hallaban agenos de oir proposiciones, y entablar capitulacion; pero no contaban con el espíritu del pueblo, quien vivo y fogoso con la sangre árabe que hervia en sus venas, y escitado por las proclamas y arengas patrió-tico-religiosas de los eclesiásticos seculares y regulares, se agolpó al local de la conferencia, é hizo sonar en los oidos de los deliberantes la entonces terrible palabra de traicion. No hubo ya vacilacion. Proclamóse la defensa. Toda edad, sexo y condiciones se amalgamaron en una idea, en un deseo: ódio á los franceses: á matar franceses.

La ciudad habia tenido tiempo de preparar su defensa, aunque sus muros y fortificaciones fueron como lo son hoy, de simple parada, ó cuando mas para evitar un golpe de mano, mas no para sostener un sitio en regla. Improvisáronse, sin embargo, obras por todas partes, supliósé la escasez de proyectiles con los hierros de los balcones, y utensilios de menaje, y aquel pueblo impresionable y entusiasta corrió alegre y bullicioso, á desafiar el peligro y la muerte en la muralla y baluartes.

El enemigo se presentó á las once de la mañana delante de la puerta de Cuarte, y ensayó un ataque. Cerrada aquella, trataba ya de forzarla á cañonazos, cuando abriéndose de repente ambos postigos, dos piezas gruesas vomitan un torbellino de metralla, que barre toda la calle del Arrabal, dejándola sembrada de cadáveres. Igual éxito tuvieron dos tentativas mas, repetidas contra la misma, otras tres acometidas al torreon de Santa Catalina, situado en el ángulo septentrional de la plaza, y en el punto donde el Turia empieza á lamer la muralla; y finalmente un postrer ataque á la puerta de San Vicente.

Aunque en todos los mencionados puntos fue brillante y heróica la defensa, la de la puerta de Cuarte se consideró prodigiosa, y fue consagrada su memoria con un retablo que se colocó en la parte interior de dicha puerta á la derecha mirando hácia la calle Estramuros. El retablo contenia un cuadro al óleo de la Vírgen de los Desamparados en su parte superior, y en la inferior una vista de la puerta de Cuarte reproduciendo la escena del ataque y defensa. Al monumento se añadió como corona y realce la nueva denominacion impuesta á la puerta de Cuarte, que desde entonces y mientras duraron aquellas circunstancias, fue llamada con orgullo nacional: *Puerta de la Victoria.*

AVISO.

Los señores suscritores cuyo abono concluye á fin de este mes, se servirán renovarlo si no quieren esperimentar retraso.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.